

## “Desde el siglo pasado no había aquí fusilamientos”. Walsh, lector político entre pasado y presente

Juan Pablo Luppi

ILH-UBA-Conicet

[pabloluppi@hotmail.com](mailto:pabloluppi@hotmail.com)

### Resumen

Más allá de categorías fijadas retrospectivamente por la instancia receptiva, el proyecto de Rodolfo Walsh sostiene una acción lectora que orienta la escritura y, en tensión con respecto a la autonomía y las instituciones literarias, le confiere unidad de estilo. Su lectura es la de un escritor crítico y en crisis con la tradición letrada, y allí ocupa un lugar productivo la literatura (política) argentina del siglo XIX. En textos dispersos, muchos no publicados hasta mediados de los '90, funciona una lectura personal de la tradición literaria y política como modo de ubicarse en la cultura contemporánea, que a la vez promueve un posicionamiento futuro en la tradición del escritor argentino consolidada hacia fines del siglo XX.

### Abstract

Beyond the categories retrospectively fixed by receptive instance, Rodolfo Walsh's project holds a reader action that orients writing and, in tension with respect to literary autonomy and institutions, confers style unity. His reading is that of a critic writer in crisis with learned tradition, and there the XIX century Argentine (political) literature takes up a productive place. In dispersed texts, many not published until the middle of 90s, functions a personal reading of literary and political tradition as a manner of be placed in contemporary culture, which at once promotes a future positioning in the Argentine writer tradition consolidated towards the end of XX century.

En el primer número de la revista *Tramas para leer la literatura argentina*, dedicado a Walsh en 1995, Vaca Narvaja reseña algunas de las tradiciones literarias que confluyen en *Operación masacre*; parte de una filiación “bastarda” con Borges –que críticos pioneros en la recepción walshiana (Ford 1972, Rama 1984) habían destacado como oposición e inversión–, y liga el libro clásico con “la fuerza que la política tuvo en nuestros primeros narradores”: también Echeverría, Sarmiento y Hernández “mezclaron el ensayo con la investigación periodística, la crónica con la polémica, la descripción con el razonamiento” (69). En efecto, ciertos parentescos formales con la tradición de letrados políticos anteriores a 1880 resultan visibles en la escritura de Walsh. El tono panfletario de denuncia indignada contra el poder, en las campañas periodísticas y en los tres libros de investigación, actualizan vituperios y modos de titular de la *Vida del Chacho*, considerada el inicio del “curso trágico del intelectual heterodoxo” que Viñas (2005: 249), al concluir su *Literatura argentina y política* en 1996, traza entre el Hernández de 1863 y el Walsh de 1957. La famosa invocación a la sombra en el arranque del *Facundo*, más explícitamente, es repetida ante el basural de José León Suárez en un capítulo de *Operación* omitido a partir de la tercera edición (1969), editado en bastardilla y entre paréntesis, en un recurso a Sarmiento menos convencido que el postulado por Viñas con respecto a Hernández. Hasta aquí, Walsh podría caer en el lugar que Borges, leyendo la política en la literatura, de modo parcial y obstinado hacia 1973, cerraba con la dicotomía sarmientina para preferir el *Facundo* al *Martín Fierro*. Sin embargo, más allá de la

polarización reformulada en cada época, no solo el libro clásico de Walsh ni la llamada “no-ficción” abren relaciones con la tradición de potencia política e hibridez genérica del siglo XIX: aquello que desde hace poco más de una década (a partir de intervenciones críticas diversas, como las de Piglia y Jozami) se ha valorizado como un estilo único y vigente en el cambio de milenio, ese corpus fragmentario y fragmentado que excede la institución literaria y contiene una política de la escritura y de la vida, eso que llamamos el proyecto de Walsh, ofrece, diseminada entre la intimidad y la historia, una propuesta de relectura del XIX argentino, que no solo invierte la historiografía liberal y rescata rasgos de oralidad plebeya, sino que además conforma una tradición apta para ser renovada en el futuro, para volver a leer las luchas pasadas sin recaer en dicotomías actualizables.

Más allá de vinculaciones posibles, seguramente provechosas, entre figuras de autor y funcionamiento de textos (como la posición autoral en las reediciones en vida del *Facundo* y de *Operación*, “sombras terribles” que oscurecen la heterogeneidad de ambas posiciones), la cuestión que preferimos leer hoy en Walsh es cómo leyó Walsh (en) sus presentes. En su acción lectora (formada desde fines de los ‘40 en la industria editorial, el policial y el periodismo), la literatura argentina del XIX tiene un lugar desviado de la línea central (trazada por las sanciones y perversiones de Borges hacia 1950) y productivo como lectura de un escritor crítico y en crisis con la tradición letrada.<sup>1</sup> En cartas a la vez personales y políticas, zona fértil de escritura marginal a los soportes editoriales, funciona una lectura asistemática de la tradición, amateur (no especializada ni inserta en marcos institucionales), que sería un modo de ubicarse en la cultura de su tiempo, a la vez que envía un posicionamiento futuro en la tradición de fines del siglo XX. Si (como ha mostrado la crítica universitaria consolidada en los ‘80 y ‘90, hasta devenir cliché cultural a principios del XXI) en esa tradición pos-borgeana sobresale la violencia, como marca definitoria de la cultura y del lenguaje que la literatura actualiza en cada época, la presencia de Walsh deviene retrospectivamente imprescindible en el rearmado del canon finisecular.<sup>2</sup> Pese a reiteradas operaciones críticas que homogeneizan la obra en torno a *Operación masacre*, y más acá de la variada canonización cultural y política a partir de su militancia y muerte, la marca de la violencia social recorre con variaciones distintos núcleos productivos del proyecto, doblemente apoyada en el pasado y el presente (en injusticias pasadas todavía vigentes).

---

<sup>1</sup> En ese sentido, el anacronismo que acecha en el uso del término “literatura”, aplicado a textos que se relacionan de otro modo con las producciones escritas y las instituciones que la definirían en cada época, expone la tensión que, en los comienzos del ocaso de la autonomía (hacia fines de la década del ‘60, por la politización del escritor y la más duradera hegemonía del capitalismo mundial), orienta la lectura y la escritura de Walsh con un dilema no resuelto: cómo ser escritor más allá de la literatura. En una instancia de la crítica walshiana que toma distancia de los enfoques unilaterales y la monopolización de *Operación masacre* sobre el proyecto, Aguilar interroga las razones por las que Walsh, entre 1970 y 1975, se va deshaciendo de su figura de escritor para adoptar las de militante y periodista, y observa que era la escritura literaria (que incluía y excedía a la del periodismo) la que debía renovarse en el pasaje a la militancia. El mentado “abandono de la ficción” en ese lustro se vincularía con el afán de recuperar la capacidad de ofender, perdida por la novela como género burgués, según explicaba el escritor a Piglia en la famosa entrevista de 1970; pero esa búsqueda imposibilitada no ha sido la última de Walsh, como lo muestran sus papeles personales y la recuperación del nombre de escritor al firmar la *Carta a la Junta*: “Walsh tuvo que pasar por el fracaso de la militancia política y experimentar la imposibilidad de hacer lo que denominaba una ‘literatura revolucionaria’ para volver a reconocer el carácter dinámico que podían tener las posiciones que le ofrecía la tradición letrada” (2000: 11-12). Puesto como paréntesis en las cronologías bio-bibliográficas, ese lustro de aparente rechazo de la literatura no aleja a Walsh de la escritura aunque lo enfrente a la ficción, e incluso intensifica el trabajo y la reflexión política a partir de los usos del lenguaje. Las lecturas y escrituras finales de Walsh son las de un escritor cuyo lugar de trabajo (político y vital) es el lenguaje.

<sup>2</sup> Desarrollé esa hipótesis, sobre el lugar de Walsh en el mapa pos-borgeano trazado por Saer y Piglia, en “Una manera política de leer. Walsh en la tradición del escritor argentino”, actualmente en evaluación de comité editorial.

El mismo año que aparece el libro que monopolizará la imagen del autor (1957), una carta a Donald Yates (investigador de literatura norteamericano, que dialogaba epistolarmente con Walsh sobre las relaciones entre peronismo y género policial) muestra que la ruptura atribuida a *Operación* constituye un eje persistente del proyecto tras su instancia inicial, un núcleo productivo que se irá expandiendo en cuentos, crónicas y borradores durante los '60, orientado por la exploración en la lengua de la violencia que altera la vida en común de los argentinos. Sobre esa línea planeaba volver Walsh, documentándose sobre el siglo XIX para el cuento (¿o novela?) *Juan se iba por el río*, cuando lo mató una patota de marinos de la Escuela de Mecánica. El violento final biográfico es otra prueba de la validez del núcleo de su proyecto de escritor, y de la potente performatividad política de su denuncia (lo matan por escribir lo que escribe, por escribir como escribe, y él lo sabe y recupera su nombre para firmar esa carta que sale a repartir cuando lo emboscan). La política que arrasa la vida de los sujetos no designa solo la muerte de Walsh sino, antes, su proyecto de escritura: el foco que, desde 1957, orienta su estilo contra las violencias legales del Estado deviene, hacia el 2000, consensuado eje de continuidad histórica y de lecturas (meta)críticas. El proyecto fracturado, que supera la forma libro y se desencuentra del género novela, moviliza una fuga de la tradición literaria hacia la campaña periodística, los géneros bajos de la industria cultural, la política, la historia, la militancia, la propia vida. Y si formalmente acopla esos rasgos pre-autónomos donde resuenan escrituras y voces argentinas del siglo XIX, la materia que el proyecto formaliza aparece como continuidad histórica decisiva: los segmentos que podamos proponer para organizar un relato de la vida y la obra de Walsh están atravesados por la violencia, esa marca que, según los modos de leer que organizan la literatura argentina a fines del XX, definiría la cultura nacional.

Tomando distancia de los debates culturales orientados por *Contorno* a la vez que enfoca lateralmente sobre ellos, la carta de 1957 comienza por detectar un déficit de lectura, aquella referida al “fenómeno peronista”, que “no ha sido en general correctamente interpretado, ni siquiera en nuestro país” (2007: 32). Corrigiendo la mirada exterior, desmiente “la imagen que el europeo y el norteamericano medio tienen de Perón”, la del “típico militar afortunado sudamericano”: Perón es para Walsh “un político. Mejor: un demagogo. Habilísimo”, y eso marca la diferencia con “el régimen actual”, dado que “Aramburu sí es un típico militar sudamericano” (32-34), es decir alguien que no duda en ejecutar a los opositores (según demostraba la investigación que poco después se publicaría como *Operación masacre*). Si “Esa mujer”, en la lectura de Piglia (2001), invierte la violencia de *El matadero*, esta carta pone en escena (mucho antes del acercamiento del escritor al peronismo) la violencia histórica que no tuvo en cuenta Borges en su conferencia de 1951 (1964) al prescribir una tradición universal para el escritor argentino, a la vez que invierte el sentido borgeano (canónico y oficial) de la dupla clásica de la argentinidad: la violencia que el escritor denuncia no es “el íntimo cuchillo en la garganta” de Laprida cuando “vencen los bárbaros” y el letrado encuentra su “destino sudamericano”, en el “Poema conjetural”, sino más bien –cambiando de signo el mismo gentilicio– la violencia que monopoliza el Estado, capturado por típicos militares sudamericanos que la descargan contra el pueblo (cf. Romano 2000: 94).

Aramburu en el '56 actualiza esa violencia ocluida por la historiografía dominante, y la excepcionalidad de su represión conecta con la historia del XIX sintetizada por Walsh; la concisión y el arranque oral, que atempera el tono conclusivo, remarcan la conexión evidente: “Bueno, desde el siglo pasado no había aquí fusilamientos” (33). El gobierno al que ha denunciado en su primera campaña periodística “es el jacobinismo que viene en línea recta de la revolución francesa y pasa en nuestro país por la revolución de mayo de 1810”, cuando Mariano Moreno “fusila sin piedad” a Liniers. La perspectiva coloquial para condensar la historia argentina, desde el presente y ante un extranjero, remarca las continuidades históricas que enlazan 1957 con 1810, el régimen rosista y el liberalismo triunfante en la segunda mitad

del XIX, verificables “cuando Lavalle fusila a Dorrego, o cuando Urquiza, Sarmiento, Mitre ejecutan por centenares a sus enemigos en las guerras civiles, sin mencionar a Rosas, que también es un sanguinario”. Esa “historia permanentemente manchada de sangre”, afirma el descendiente de irlandeses, se modera hacia 1890 por la inmigración, “que es una callada y pacífica revolución” (ibídem). El compendio histórico se hace desde los debates culturales de la época, sin escrúpulos académicos sobre pruebas historiográficas: se lee el pasado como parte de un presente oprobioso, en un gesto decidido a rescribir la tradición para comprender la violencia actual, con la distancia crítica no de un especialista sino de un ciudadano que lee y escribe. Esta carta es una lectura (fragmentaria y coyuntural) de la tradición política que el peronismo había puesto bajo revisión; desde esa ubicación ecuánime ante la resistencia y la proscripción, anticipa decisiones ideológicas que integrarán los cambios sin perder coherencia. La literatura –o eso que no se define por la ficción ni los géneros, sino por la práctica de una lectura no literal ni institucional, que empuja la escritura como “un avance laborioso por la propia estupidez”– conforma el espacio subjetivo que propicia una acción política, y sustenta la ubicación solitaria de Walsh entre los grupos de su tiempo (con respecto al revisionismo peronista y a *Contorno* en los ‘50, a los movimientos de vanguardia en los ‘60, y a las agrupaciones militantes en las que participa en los ‘70).

En la transformación vital de *Operación* (al integrar el “amenazante mundo exterior” entre los intereses personales) estaba anunciada la coherencia de pensamiento que, en el primer lustro de los ‘70, sostiene la participación de Walsh (no por generosa menos crítica) en grupos de la izquierda peronista, en plena ampliación hacia una juventud que incluía a sus hijas. Aunque hoy se difundan en el marco rescataista de la construcción canónica y épica que reacciona contra el borramiento de su participación en Montoneros, los cinco documentos de análisis crítico enviados a la conducción del grupo armado entre noviembre del ‘76 y enero del ‘77 (cartas clandestinas desde el retiro en San Vicente, contemporáneas de la escritura en torno a las muertes de su hija Victoria y de Paco Urondo, y de la *Carta a la Junta* cuya distribución le costará la vida) son ante todo escritura, y *escritura de lecturas*: con un estilo conciso, que elude clichés del discurso revolucionario anteponiendo la oralidad del letrado que se acepta como tal, sustentados en la sensatez y la autocritica, los documentos ponen en acción la densidad argumentativa y la fina veta polemista que han orientado los modos de leer de Walsh desde dos décadas atrás.

Partiendo de sus propias observaciones al documento del Consejo Ejecutivo Nacional de Montoneros de noviembre del ‘76, este pensador solitario interpela dialógicamente a quienes no están dispuestos a escuchar ni aptos para responder, realiza su aporte concreto a la discusión entre la oficialidad, corrige la “hipótesis de resistencia” con un realismo aplastante, y –pudiendo ubicarse momentáneamente en el lugar del otro, porque ha sabido escucharlo y leerlo– sintetiza la “hipótesis enemiga” sobre el “curso de la guerra” para la primera mitad del ‘77. Walsh tiene claro que para escribir hay que leer: allí no hay escisión entre oficio literario y acción política. La serie de cartas críticas termina estampando “la principal falencia del ‘pensamiento montonero’”, que (como el “fenómeno peronista” en 1957) consiste en una mala lectura, “un déficit de historicidad”: los documentos que expresan “la línea del Partido” desde mediados del ‘75 revelan, para este inquieto lector, “una fuerte influencia” de Mao y de Clausewitz en el aspecto político y el militar, pero “apenas figuran referencias de historia argentina anteriores a 1945, ni siquiera a los propios caudillos montoneros” (2006: 144). Con la fina ironía del polemista leído y la provocación de poner en evidencia la ignorancia del interlocutor, Walsh remata este diálogo con sordos demandando un cambio en la biblioteca argentina: “Un oficial montonero conoce, en general, cómo Lenin y Trotsky se adueñan de San Petersburgo en 1917, pero ignora cómo Martín Rodríguez y Rosas se apoderan de Buenos Aires en 1821” (ibídem). No sin paralelismos abruptos, motivados acaso por el tono revisionista (al que apela en beneficio de compartir el campo tópico de

interlocución),<sup>3</sup> pero sobre todo propiciados por la urgente eficacia que orienta el ritmo oral de la escritura, una coherencia personal recorre el modo de leer: las injusticias contra las que trabaja ponen en continuidad el presente (la lucha solitaria como miembro de una organización desmembrada) con el pasado de luchas colectivas por la organización nacional.

La mirada atenta a las conexiones entre historia y política también sustenta, en esa zona de escritura parcialmente recuperada del saqueo de su última casa, un afán que, a pesar de “abandonos” sopesados desde fines de los ‘60, no ha desaparecido de la imaginación autoral de Walsh: la novela (probablemente hecha de cuentos, acorde a una obra hecha de ciclos). La publicación de notas y borradores rescatados, en *Ese hombre y otros papeles personales* (editado por Link en 1995), invita a releer los meses finales de Walsh más allá de la muerte violenta y la *Carta a la Junta* (que era hasta mediados de los ‘90 – además de la serie de artículos sobre Palestina en la revista *Noticias* en el ‘74 y de los poco difundidos documentos a Montoneros– el único texto publicado de los escritos por Walsh luego de 1973). Impensado “libro de Walsh” que aparece sólidamente en el campo crítico del fin de siglo, *Ese hombre* propicia la revaluación del lugar que la lectura ha tenido en una escritura que quiso incluir la acción política. Como evidencia la recepción, el proyecto no tiene final pero el libro ofrece dos posibles finales de la acción lectora del escritor: “Ese hombre”, relato que titula y cierra la edición, reconstruido a partir de seis versiones incompletas escritas entre el ‘68 y el ‘72, registra las dudas irresueltas de una lectura tensa del peronismo y de su líder exiliado (el persistente y agravado problema abierto dos décadas atrás: cómo leer “el fenómeno peronista”); antes de “Ese hombre” puede leerse otro cierre, el del “cuaderno de bitácora fragmentario”, como lo llama Link (2007: 9), que, por fragmentario, no puede ser sino un final que abre: lo que recomienza, y quedará recomenzando entre papeles privados, memoria oral y lecturas futuras, es el intento de novela. El ordenamiento anual del libro, con muy variables grados de intensidad (muy escasa luego del ‘72), se desgaja en 1976, ocupado por las cartas íntimas-políticas suscitadas por el asesinato estatal de la hija. El fechado se corta luego de contar el 29 de diciembre la muerte de Urondo, y a continuación aparece un título sin fecha, “Juan se iba...”, que remite al texto sobre el cual Walsh anotaba esporádicamente desde 1970 y que habría alcanzado una versión terminada como cuento, que acabó en la ESMA.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> “Con el significativo aporte de la ‘izquierda nacional’, el revisionismo histórico se convertiría, a juicio de Halperin Donghi, en el ‘sentido común’ de los argentinos”. Jozami se refiere a “Liberalismo argentino y liberalismo mexicano”, un texto de comienzos de los ‘70 incluido en *El espejo de la historia* (1987), y destaca el lamento del historiador por el fortalecimiento, con la caída de la dictadura y el regreso de Perón en 1973, de la reivindicación de Rosas y los caudillos federales (“montoneros”) en lugar de la “tradicción liberal democrática”. La dictadura de 1976 y la derrota electoral en 1983 plantearon una “profunda crisis” en el peronismo, que afectó ese “consenso social sobre el revisionismo histórico” y puso en cuestión “la misma idea de una tradición nacional popular” (Jozami 2011: 15). Inmersa en su época hasta detectar su oscuridad, la escritura de Walsh no se agota en aquel “sentido común” de los ‘70, como tampoco se inscribe en una totalidad (“peronismo”, “montoneros” o “literatura”) sino en la propia y fragmentaria coherencia subjetiva: el proyecto no corre el riesgo de las ideologías políticas que limitan su vigencia a la coyuntura.

<sup>4</sup> En una conocida entrevista en *Primera Plana* (“La novela geológica”, 22 de octubre de 1968) el periodista parafrasea la historia de lo que aún no se titulaba “Juan se iba por el río”, ubicada hacia 1880, que daría el inicio de la “novela o serie de cuentos” que Walsh debía entregar cuatro meses después a la editorial Jorge Alvarez (2007: 111-112). Del plan de novela del ‘68 realizará, ocho años más tarde, su posible comienzo en forma de cuento –el último, desaparecido junto con su autor–. La memoria oral ha permitido la paráfrasis de “Juan se iba por el río” a través de Lilia Ferreyra, que lo escuchó leído por Walsh, y de Martín Grass, que lo leyó cuando estaba secuestrado en la ESMA (cf. Link, en Walsh 2007: 273-275). La novela futura de Walsh es polifónica en su forma planificada pero también en la instancia autoral, y su escasez de palabras no merma una profusión dialógica abierta a la enunciación colectiva; la recuperación de textos dos décadas después de su asesinato indica una posibilidad –la de nuevos papeles de Walsh– no por improbable menos infinitamente realizable.

Del proceso de escritura de ese cuento que nació pensado como novela, que Walsh escribió pero pocos leyeron y a escondidas, quedan tres páginas de apuntes tomados de un libro de historia política (*Alem: informe sobre la frustración argentina* de César Augusto Cabral, aparecido en 1967): al modo autodidacta de Sarmiento, Walsh saquea bibliografía contingente en busca de datos útiles para la propia escritura. El lector que anota en privado focaliza en lugares urbanos afectados por el paso del tiempo y definidos a partir de las personas que habitan; como en el presente referido en las crónicas de *Panorama* en 1966-1967, detecta modulaciones del lenguaje hablado donde lo social cruza lo individual, y recorta aspectos políticos, culturales y económicos que afectan la vida común: la “orilla de la ciudad” donde nació Alem (“cerca de los corrales de Miserere”) como un “conglomerado de mestizos, vascos, italianos y criollos”; la escasísima cantidad de “habitantes en Baires” que votan, y “cómo se votaba”; la vinculación entre la fiebre amarilla y “los infernales mataderos” (sitios de interés recurrente para Walsh); los castigos a opositores como el cepo (y el escritor-oyente anota la voz epocal, “crujía”); el arrastre de la masa que el comisario logra inspirando miedo; la adopción del fusil Remington por el ejército en 1874, decisiva en la campaña civilizatoria; algún dato sobre exportación de lanas cuya fuente es Sarmiento, citada en segundo grado a la manera desviada del mismo Sarmiento (2007: 273-276). Envío fragmentario y final hacia la novela geológica, el espacio íntimo y escueto de la notación de lectura tiene la potencia inestable de imaginar un futuro anulado en la producción pero activo en la recepción. En esos borradores personales Walsh recupera aquello que le interesa de la tradición en función del proyecto propio: los modos en que, desde el siglo XIX y hasta el presente, la organización económica nacional excluye y marca con la violencia legal del Estado las vidas de las personas, sus posibilidades de hablar, de hacer y de ser.

La relectura inconforme de la tradición modifica el pasado y realiza una intervención presente. Aún tras el declarado “abandono” de su oficio de escritor a fines de los ‘60, Walsh acciona hasta el final la misma herramienta literaria y política: el lenguaje, cuyo uso personal con vistas a la intervención pública, orientado por la acción lectora, dialoga con el presente cultural de finales del siglo XX. Como en la revista citada al comienzo, Walsh estaría en el inicio de las “tramas para leer la literatura argentina” re-articuladas en las últimas dos décadas. Incluyendo partes problemáticas de la historia del XIX en sus lecturas políticas del presente entre el posperonismo y la última dictadura, el proyecto inacabable propicia una imaginación crítica del futuro apoyada en la oscuridad de aquel pasado.

## Bibliografía

- Aguilar, Gonzalo. “Rodolfo Walsh, más allá de la literatura”. *Punto de vista* N° 67, agosto de 2000.
- Borges, Jorge Luis. “El escritor argentino y la tradición” (1951). En *Discusión*. Buenos Aires: Emecé, 1964.
- Ford, Aníbal. “Walsh: la reconstrucción de los hechos” (1969). En *Nueva novela latinoamericana II. La narrativa argentina actual*. Compilador Jorge Lafforgue. Buenos Aires: Paidós, 1972.
- Jozami, Eduardo. “Introducción. Algunas reflexiones sobre Historia y Política”. En Jozami, Eduardo (coord.), *Tradiciones en pugna. 200 años de historia argentina*. Buenos Aires: Eudeba - Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, 2011.
- Piglia, Ricardo. “Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)”. *Revista Casa* N° 222, enero-marzo de 2001.

Rama, Angel. “Rodolfo Walsh: La narrativa en el conflicto de las culturas” (1974; versión ampliada). En *Literatura y clase social*. Buenos Aires: Folios, 1984.

Romano, Eduardo. “Modelos, géneros y medios en la iniciación de Walsh” (1993). En *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. Edición de Jorge Lafforgue. Buenos Aires: Alianza, 2000.

Vaca Narvaja, Hernán. “Rodolfo Walsh y la tradición argentina”. En *Tramas para leer la literatura argentina I, 1 (Rodolfo Walsh)* (1995). Córdoba: CILS, 1999.

Viñas, David. *Literatura argentina y política. II. De Lugones a Walsh* (1996). Buenos Aires: Santiago Arcos, 2005.

Walsh, Rodolfo. *Operación masacre seguido de La campaña periodística (1956-1958)*. Edición de Roberto Ferro. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2009.

\_\_\_\_\_. “Propuestas de Rodolfo Walsh al documento de la conducción” (1976-1977). En *Lucha armada en la Argentina*, año 2, N° 5, febrero-marzo-abril de 2006.

\_\_\_\_\_. *Ese hombre y otros papeles personales*. Nueva edición corregida y aumentada a cargo de Daniel Link. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2007.